

Hecho en México

LOLITA BOSCH



MONDADORI

Barcelona, 2007

a Barcelona, vía Frankfurt, y logró inventarse una nueva rutina para un país distinto.

Mientras, Lolita se ha dedicado a escribir, en catalán y en castellano, y ha publicado novela, cuento infantil y literatura juvenil.

Hecho en México es su primera antología.

PRÓLOGO

Lolita Bosch

[...] que digan lo que quieran de la ciudad, nosotros la hemos destruido.

Observo por última vez las ruinas. Me recluyo.

RAFAEL LEMUS³

Este prólogo empieza así: Me llamo Lolita Bosch y he hecho este libro sin pensar en mis amigos. Sin pensar en la editorial. Sin pensar en los vivos ni en los muertos. Sin pensar en otros libros publicados, en los hombres y las mujeres, en la ciudad y en la provincia, en los estados de la República Mexicana, en el interior, en el exterior, en el equilibrio, en la ecuanimidad ni en la simetría.

He hecho este libro sabiendo que: Este libro no es un panorama ni un intento por reunir lo mejor de México. Este libro no lo incluye todo porque-las-antologías-son-inevitablemente-subjetivas. Este libro no quiere ofender a quienes no están —e incluso a muchos los echa de menos. Este libro no es un muestrario, una apuesta editorial ni una conclusión de nada. Este libro, si yo fuera mayor, se llamaría biblioteca personal. Este libro es, sobre todo, lo que yo leo, sigo y uso de la literatura mexicana para explicarme otras cosas. Aunque todo lo que he dicho hasta ahora

3. Rafael Lemus nació en la Ciudad de México en 1977. Es crítico literario de *Letras Libres* y *La Tempestad*, entre otras publicaciones, y director editorial de la revista de literatura *Cuaderno Salmón*. Ha escrito ensayo y ha sido antologado en diversas ocasiones.

no convierte este libro en un catálogo de los únicos autores de México que leo y me conmueven.

Porque en este libro no están, por colgarle un collar de pasión esencialista al cuello de este prólogo, Juan Rulfo, Octavio Paz, Alfonso Reyes ni Sor Juana Inés de la Cruz. Y tampoco están, levantando la vista hacia mi biblioteca y eligiendo al azar, Sergio Pitol, Elena Garro, José Agustín, Margo Glantz, Vicente Leñero, José Emilio Pacheco, Jaime Sabines, Juan José Arreola, Ana García Bergua, Daniel Sada ni el recientemente descubierto Salvador Plascencia. Por decir algunos de los autores a los que leo —aunque con esto omita a otros a los que también leo y cuyos nombres aquí no caben. Pero no es importante: a este libro la cordialidad forzada no le preocupa.

Éste es un libro valiente.

De modo que su prólogo empieza con todo lo que he dicho hasta este momento para concluir esto otro: no puedo / quiero / pretendo / deseo / busco justificar mi selección.

He hecho este libro porque he querido.

He hecho este libro por amor.

He hecho este libro porque he tenido la oportunidad de hacerlo.

Y no he antologado lo más novedoso de México, lo más representativo, lo más desconcertante, lo que más se ha sedimentado, lo que se queda, lo más conocido ni lo más desconocido. Sino que he seleccionado las lecturas de las que vengo, las que he comido y han hecho cueva en mi estómago y me han crecido en las piernas, el pelo, los brazos y el lápiz. Sin la intención de apostar exclusivamente por nada. He hecho este libro porque me he formado literariamente en México. Y ésta es la búsqueda personal de algunas cosas que me han hecho pensar en otras y que luego me han servido. Y es también el descubrimiento de nuevos autores que no conocía y que han aparecido mientras trabajaba aquí. Y es una manera extraña de mirarlo todo y tratar de encontrarle un orden. De modo que el único sentido de esta antología es que lleva escrita mi nombre en letra transparente bajo una cúpula opaca: Lolita Bosch.

Detrás no hay nada.

Me llamo Lolita Bosch y he hecho mi trabajo así: Durante un año he revisado meticulosamente un recorrido compacto y he ido tejiendo un tributo, una biblioteca y una selección personalísima. Hilo de pasión.

Y ahora puedo decir: Este libro es una gota o una piedra.

«Una gota. Primero una sola gota: delgada, minúscula, incolora. Y en seguida un silencio largo como su encierro callado de años inmóviles. Y luego otra gota, otra, otra más, delgadas e incoloramente minúsculas, golpeando tan calladamente los cristales que apenas se pueden escuchar» (Juan Vicente Melo, «Música de cámara» en *Los muros enemigos*).

«Se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros e hizo intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras» (Juan Rulfo, *Pedro Páramo*).

Este libro es una gota.

Este libro es una piedra.

Este libro está hecho de cosas que están en los libros.

Este libro está hecho de gotas y piedras que habitan aquí.

Y casi comienza con este prólogo en el que ahora cuento esto: Me llamo Lolita Bosch, nací en Barcelona, el primer libro mexicano que leí fue *Pedro Páramo*, el segundo la antología de cuentos de Carlos Monsiváis titulada *Lo fugitivo permanece*, luego viví diez años en México, fui alumna de muchos de los autores que aparecen en esta antología y de otros que no están, y en el año 2006, cuando morían Salvador Elizondo y Jesús Blancornelas, lo dejé todo a un lado y me encerré en la ciudad de Barcelona para hacer este libro.

Ahora ya es 2007. O más adelante, no sé.

Y como han ido las cosas en el tiempo ha sido así: Una mañana viajaba en el metro de Madrid y se me ocurrió que me gustaría seleccionar literatura mexicana como si hiciera una biblioteca, para editar una antología que se leyera en España pero que además me sirviera a mí para pensar en la literatura de la que vengo y tratar de encontrarle un orden.

Un sentido global para algo que lo ocupaba todo.

Entonces leí, leí y leí durante un año, eligiendo textos con absoluta libertad y sin interferencias editoriales, de amistad, de

deuda o de despecho. Luego, cuando la antología estuvo terminada, la llené de notas parecidas a las que había encontrado en el primer *Pedro Páramo* que tuve —una edición de Cátedra que aclaraba cosas como «Milpa: campo de maíz».

Pero entonces la editorial me propuso que el libro apareciera también en México y eso lo cambió todo. Pero aun así acepté y borré algunas notas al pie de página en un fin de semana. Porque pensé que editando el libro en dos países a la vez quizá algunas cosas efectivamente dejarían de tener sentido pero otras lo ganarían inusitadamente. Y tenía curiosidad por ver cómo podía pensarlo todo de nuevo: Desde dentro y desde fuera.

Faltaba la portada, que yo siempre había sospechado que sería de un artista vinculado con los textos, como Joy Laville (esposa de Jorge Ibargüengoitia), Nahui Ollin (amante del Doctor Atl) o el propio Doctor Atl. Hasta que comprendí que el ilustrador Alejandro Magallanes tenía tanto que ver conmigo como el resto de los autores que aparecen en este libro y le pedí a la editorial que lo invitara. Aunque lo de las ilustraciones interiores fue idea de mi editor.

Estaba todo, faltaba el prólogo.

Y tres meses después de haber entregado el libro finalmente me he sentado a hacerlo. Y ahora, con la distancia, me he dado cuenta de algunas cosas que antes apenas había visto.

La primera cosa de la que me he percatado es que me sabe mal no haber seleccionado el cuento *Dios en la Tierra* de José Revueltas y algún texto de Francisco Hinojosa.

La segunda es que a menudo pienso cómo sería hacer una segunda parte de *Hecho en México*, y que sin darme cuenta en estos meses me ha quedado el impulso de buscar y hago listas constantemente en mi cabeza.

Y la tercera es que viendo el libro terminado he entendido que con los años he adquirido una inercia —que hoy casi me parece natural— para buscar la narrativa que leo en el norte y en el centro de México. Y se me ha ocurrido pensar que en el norte tal vez busco literatura porque me parece un territorio inacabado y por lo tanto un espacio absolutamente abismal y absorbente. Pero que en el centro, en cambio, la busco de manera inevitable. A causa del imán adorado e insalvable que es la ciudad de la

que vengo en casi todos los sentidos y cuyo poder inmenso resulta envidiablemente Gonzalo Celorio (*México, ciudad de papel*, Tusquets, 1997): «¿Qué es hoy día la ciudad de México? Una mancha expansiva que se trepa por los cerros. Un inmenso lago desecado que, en venganza por la destrucción a la que fue sometido, va mordisqueando los cimientos de los edificios hasta tragárselos por completo. Un amontonamiento de casas a medio construir que exhiben las varillas de la esperanza de un segundo piso que nunca se construye. Un muestrario de estilos abyectos. Un descomunal depósito de anuncios espectaculares orgullosos de sus barbarismos. Un vocerío sofocado por el claxon, la televisión permanente, los altoparlantes de las delegaciones, el fragor del periférico, los aviones al alcance de la mano. Mercado ambulante y sedentario de fayuca y pornografía. Circo de mil pistas en el que saltimbanquis, tragafuegos, niños disfrazados de payasos venden sus torpezas miserables. Barroco alarde del contraste que cotidianamente enfrenta la opulencia y la miseria como un auto sacramental de Calderón de la Barca que se volviera costumbrista. Madrastra de las inmigraciones provincianas. Guarida de asalantes cuyas hazañas ya contamos, todos, en primera persona. Es una ciudad irreconocible de un día a otro día, de una noche a otra noche, como si entre una noche y otra noche o entre un día y otro día pasaran lustros, décadas, siglos en una ciudad en la que no se pueden recargar los recuerdos. Es una ciudad desconocida por sus habitantes. Torre de Babel que no se eleva sino que se expande en lenguas hermanas apenas comprensibles. Es la ciudad del anonimato protector, de la sonrisa escondida, de la fiesta esperanzadora, del clima benigno, de los ojos empeñosos. Atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable. Es la ciudad perdida por antonomasia, pero encontrada por la literatura que la construye día a día, que la restaura, que la revela, que la cuida, que la reta».

Y así es como termina este prólogo: Diciendo que la preciosa ignorancia, la curiosidad literaria y la inercia narrativa que por ahora uso para escribir se las debo a la literatura mexicana y a las lecturas hechas desde México. Aunque me avergüence reconocerlo. Y me avergüenza un poco en cada lugar: En España porque puede parecer una evasión injusta; en México porque

puede parecer una fascinación extranjera sin criterio. Ni modo. Después de todo ésta es una cuestión que sólo le imprime un sello íntimo y sin importancia a este escrito. Y este prólogo en realidad termina así: en la página 28 de un libro que a continuación de un haikú comienza diciendo que Crosthwaite es un misterio.

LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE

(Tijuana, 1962)

Crosthwaite es un misterio. Un hombre difícil de localizar por una cuestión ciertamente absurda: resulta casi imposible deletrear con certeza su apellido paterno. De tal modo que sus lectores tenemos problemas para buscarlo en librerías y bibliotecas, porque Crosthwaite es un escritor que puede ser escrito de muchas maneras. Y Crosthwaite, bien escrito, un pequeño pueblo que hay en medio de una carretera comarcal que atraviesa el distrito de los lagos del norte del Reino Unido: la que va del cruce de Mill Slide y Levens Hall hasta Windermere. Un lugar casi inhóspito. Nada más lejos de Tijuana, de quien el escritor húngaro Sándor Márai, en un artículo que publicó durante su exilio estadounidense, dijo: «Regreso a Tijuana. A la luz del día, en la desnudez de la rutina cotidiana esta ciudad fronteriza electrificada, cocacolizada, ungida con las convencionales fachadas estadounidenses, muestra sin velo lo que las luces de la noche habían pincelado de manera incitante: a saber, qué poco ha cambiado en su esencia la vida en el transcurso del siglo pasado». Y casi cien años después de Márai, lo que se puede decir de Tijuana sigue siendo lo mismo. Aunque Crosthwaite lo cuenta distinto, con un estilo inventado.

Luis Humberto Crosthwaite ha escrito cuento y novela, tiene algunos blogs en internet y hay quien lo considera el cronista de Tijuana, su ciudad natal. Aunque también se ha querido entender como un autor de la «literatura del narcotráfico», que parece ser el epígrafe que acaba neutralizando la literatura del norte del país.

No es suficiente.

Y tal vez lo único que se puede decir con certeza es, como afirma Juan Villoro, que «leer a Crosthwaite es un acto migratorio». Una experiencia sorprendente. Porque Crosthwaite ha creado un lenguaje, una manera personalísima de decir las cosas, un estilo literario y en apariencia irreverente por el que lo filtra todo. Un modo muy personal de relacionarse con la escritura: Crosthwaite escribe como si estuviera haciendo cualquier otra cosa, como si no hubiera intención detrás de sus textos. Como si escribir fuera un acto casi involuntario. Absolutamente auténtico.

El autor dice de sí mismo: «Escritor errante en el norte de México, empedernido cinéfilo, inexorable melómano, irreducible mitómano, esporádico dipsómano, guionista de cómic, padre de hijos, amante de la [comida] china del norte, fugaz editor [...], escritor fronterizo y playero, sabe disfrutar los placeres de vivir en la esquina más septentrional de Latinoamérica». Y Javier Cercas se le aproxima en una semblanza que aparece en el primer capítulo de *La verdad de Agamenón* (Tusquets Editores, Barcelona, 2006) y que dice: «Crosthwaite no sólo tiene un aire elegante de aristócrata —alto, corpulento, de gestos pausados y andares de vaquero—, sino que en cierto modo lo es: su familia, de origen irlandés, llegó a la frontera hace más de un siglo, y pudieron elegir entre ser mexicanos o norteamericanos [sic]; eligieron ser mexicanos. Por eso Crosthwaite es de los poquísimos tijuanaenses de pura cepa y por eso se conoce Tijuana como si la hubiera inventado y ejerce una forma a un tiempo burlona y muy seria de patriotismo tijuanaense (en su brazo derecho lleva tatuado un verso de Borges que, más que una declaración de amor, es una declaración de principios: “No nos une el amor sino el espanto”; es el penúltimo verso de un poema que Borges dedica a Buenos Aires, y que concluye: “Será por eso que la quiero tanto”).¹ Y por

1. «Y la ciudad ahora es como un plano / de mis humillaciones y fracasos; / desde esa puerta he visto los ocasos / y ante ese mármol he aguardado en vano. / Aquí el incierto ayer y el hoy distinto / me han deparado los comunes casos / de toda suerte humana; aquí mis pasos / urden su incalculable laberinto. / Aquí la tarde cenicienta espera el fruto que le debe la mañana; / aquí mi sombra en la no menos vana / sombra final se perderá, ligera. / No nos une el amor sino el espanto; / será por eso que la quiero tanto» (Jorge Luis Borges, *Fervor de Buenos Aires*).

eso, también, todos los libros de Crosthwaite están ambientados en Tijuana y constituyen una suerte de apasionante radiografía moral de la vida de la frontera [...]; lean, por ejemplo *Instrucciones para cruzar la frontera*, un conjunto de relatos secos, duros, irónicos, llenos de sentimiento y huérfanos de sentimentalismo [...]. O mejor no pierdan el tiempo tratando de leerlo, no al menos en España, porque, aunque lo publicó la española Editorial Planeta,² en nuestras librerías no lo van a encontrar».

De su «Misa fronteriza», me dijo:

From: «Luis Humberto Crosthwaite».

To: «Lolita Bosch».

Subject: RE: nunciación.

Date: Tue, 29 Aug 2006 18:24:03 +0000

Esa Misa sólo ha sido publicada en *Malpensante* (es la versión colombiana). La escribí originalmente para leerla en Barcelona, cosa que hice en el Kosmópolis de hace tres o cuatro años. Apparently causé furor porque estaba muy nervioso y por lo tanto más ebrio de lo que debía. Creo que me volví todo un Miguel Bosé en el escenario. Alguien te contará.

2. Luis Humberto Crosthwaite está en realidad editado por Joaquín Mortiz, uno de los sellos del Grupo Planeta de México y uno de los acervos literarios más importantes del país. Aunque también tiene obra en otras editoriales mexicanas, como Tusquets Editores.

MISA FRONTERIZA

Luis Humberto Crosthwaite

I

Bienvenidos todos a esta misa fronteriza.

(Haciendo la señal de la cruz.)

En el norte los Estados Unidos,

en el sur México;

en medio, de este a oeste, una franja.

Yo confieso, ante la Frontera todopoderosa y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión, y que seguiré haciéndolo por los siglos de los siglos. Por tu culpa, por tu culpa, por tu grande culpa, Frontera entre México y Estados Unidos. Por eso ruego a todos los santos, y a los que se dicen santos, que intercedan por mí ante ustedes y que tengan misericordia de estas palabras.

II

Creo en una sola Frontera, tierra de nadie, espacio, área, río, muro: límite norte de México, límite sur de Estados Unidos, república de en medio, orilla del mar que no es del todo agua y no es del todo arena, donde la esperanza y la desesperanza son amantes y se toman de la mano sin importar lo que diga la gente; donde ciudades, pueblos y ranchos se casan, se divorcian y se vuelven a casar.

Frontera: división, muro latente, línea divisoria, desgajamiento, culo y corazón de Latinoamérica. Ahí, ahí, la vida arde, duele, pero también se goza. La música de la frontera es para todos y todos bailan y todos se dejan llevar por el ritmo de esa tierra de incertidumbre, a veces desierto, a veces río, a veces ciudad, a veces pueblo, a veces rancho. Tres mil kilómetros de franja y de ilusiones rotas. La central de autobuses más grande del mundo. Lugar para no quedarse, transitoria parada de ferrocarril donde la gente espera, donde la gente espera, donde la gente espera.

Hotel de paso es la frontera. Guarida de la dicha y la desdicha. Albergue temporal para el caminante, para el que huye, para el que busca. Puerta de entrada y salida.

Cuando ya haya logrado cruzar ese muro, dime ¿es segura la felicidad?

Los nuevos conquistadores desean encontrar los huertos donde el dólar crece en los árboles, donde igual se pizcan legumbres que billetes verdes. Tan sólo cruzar esa frontera, tan sólo franquear ese límite; lo demás, lo de menos.

Dicen que allá, en el otro lado, la vida es mucho más fácil.

Dicen que allá, los patrones gringos nada más nos esperan para darnos trabajo y un poco que comer.

Dicen que allá matan a la gente por tener la tez morena.

Dicen que allá hay cazadores, rancheros pistoleros que resguardan la frontera como si fuéramos coyotes detrás de su ganado.

Dicen que allá hay grupos racistas, esperándonos.

Dicen que allá nos achacan los males del mundo.

Dicen que allá todos somos terroristas.

Dicen que allá, compadre, es mejor que aquí, y aunque yo deje mi tierra, y aunque deje mi familia por un puñado de dólares, todo será por su bienestar, todo será por darles algo de comer, todo será por ellos.

Amén.

III

Hermanos:

Mi nombre es Luisumberto y soy fronterizo.

Me declaro así, abiertamente, sin pena ni gloria.

Confieso ante ustedes que mi religión es la frontera.

Monotemático, me dicen. Aburro y divierto al mejor de los escuchas. Proclamo en las esquinas de las calles más transitadas, en las cantinas y en los congaes la Buena Nueva de esta franja que me atraviesa el cuerpo como atraviesa al mundo. Estoy biseccionado entre dos países y dos culturas, me declaro triunfador y derrotado en la guerra de los cowboys contra los mariachis.

IV

(Haciendo la señal de la cruz.)

En el norte los Estados Unidos,

en el sur México;

de este a oeste,

atravesando el continente americano,
la frontera.

Lectura del evangelio según Luisumberto.

Donde se habla de la música como pista sonora de la vida.
Amén.

En el principio fue José Alfredo Jiménez.³

Y José Alfredo estaba junto a Dios, y José Alfredo era Dios.

Que se me acabe la vida frente a una copa de vino y que te diga el destino que vas a vivir sin mí.

Las canciones del señor Jiménez, himnos nacionales cada una dellas, canto al corazón destrozado, música para levantar tequila

3. Me hubiera gustado decir que José Alfredo Jiménez (Dolores Hidalgo, Guanajuato, 1926-Ciudad de México, 1973) era un mariachi, cantante y compositor muy popular en México, pero Luis Humberto Crosthwaite protestó: «Una mejor definición para José Alfredo debería ser así: el máximo compositor de la canción vernácula mexicana. Creo que no hay discusión en ello». Y añadió: «Exijo que si se tiene que explicar quién es José Alfredo también debería explicarse quien es Led Zeppelin». (Véase la nota 12 de la página 46.)

y brindar por ella. Si te cuentan que me vieron muy borracho, orgullosamente diles que es por ti. El mariachi suena como trompeta en los jardines de Jericó. En una sinfonía presiona la combinación de números para escoger la canción que le dé paz al desdichado y esperanza al dolido. Al fin que yo tendré el valor de no negarlo. Música y voz se conjugan en el sentimiento de un pueblo, ¡sí señor! Predica en la voz de sus apóstoles, llámense Chavela Vargas, Lola Beltrán o Jorge Negrete. José Alfredo encontró la manera de abrirle el pecho a los machos más machos para encontrar en él las fibras más lloronas y sensibles del corazón. El más rudo de los rudos se hinca ante la belleza y ruega por un beso, un besito tan siquiera. Me cansé de rogarle, quizás, me cansé de decirle, pero nunca dejé de hacerlo. Y solo. Y olvidado en el rincón de una cantina, el macho de los machos, ícono de la mexicanidad, puede llorar porque el maestro Jiménez le da permiso. En otro tiempo, qué esperanza que un charro⁴ chillara por una vieja que le ha pagado mal. El charro se reponía de sus penas como si se hubiera caído de un caballo, simplemente sacudiéndose los pantalones y con un trago de tequila se buscaba a la que sigue. En cambio, en cambio, en cambio José Alfredo nos brindó la oportunidad de sentir ese dolor. Terapeuta de México, nos dijo que chillar liberaba, que hacer una rabieta de vez en cuando o sufrir así nomás porque sí no era nada de qué apenarse. Incluso el charro, el más charro de todos, el más macho de todos, podía soltar el llanto como se suelta la rienda de un caballo blanco.

Siempre caigo en los mismos errores, no importa, lo confieso abiertamente. La debilidad no mató al macho, nada más lo hizo llorón. Y el corazón del mexicano se transformó cuando se acabó la fuerza de su mano izquierda. Para ello, para promulgar este sufrimiento, José Alfredo requería una banda de charros, igual

4. Un charro es en realidad un jinete, aunque se usa como sinónimo de mexicano o de macho. Y es que a pesar de ser parecida a la tradición de los cowboys y los rodeos, lo charro es, evidentemente, un ícono de la mexicanidad, y la charrería un deporte nacional. Las razones por las que los mariachis y los charros se confunden en sus atuendos son puramente cinematográficas, y las explica Alma Guillermoprieto en su crónica *Ciudad de México, 1992*. (Véase el capítulo sobre Alma Guillermoprieto en las páginas 89-116.)

de machos e igual de llorones; con sombrero enorme y trajecito ajustado; violines, trompetas, guitarras y guitarrones, los instrumentos del sentimiento mexicano. Y junto a José Alfredo, siguiendo su credo y su dolor, otros siguieron sus pasos: Cuco Sánchez, Juan Záizar, Vicente Fernández,⁵ entre muchos otros. Y junto a ellos, el mariachi, emblema de México. Guitarras de medianoche que vibran bajo la luna.

Con esa voz y con ese sentimiento, el mariachi reinó como amo y señor de las tierras mexicanas.

Hasta que llegaron los cowboys.

V

Hermanos:

Mi nombre es Luisumberto y mi religión es la frontera. No se dejen engañar: soy más alto de lo que parezco, menos bruto, más miope, mejor esposo, peor amante, enaltecido padre de familia, ridículo comediante de palabras. Estoy ante ustedes, tal como soy, biseccionado, dividido entre el aquí y el allá. ¿Les dije que estoy biseccionado? ¿Quieren que les muestre mi bisección? Atraviesa mi alma de un extremo a otro. Es la frontera, brother, la traigo tatuada en el brazo;⁶ la frontera, beibi, la llevo atravesada en el pescuezo; la frontera, míster, se me ha metido al corazón y ahí está clavada. Y ahí es donde la quiero.

Mi nombre es Luisumberto y cargo la frontera en mis bolsillos, hecha pedazos; doblada para que no haga bulto y me dejen cruzar con ella en las aduanas del mundo. Mírenme. Cierren los ojos y mírenme. Imaginen el planeta Tierra, el hemisferio norte, el continente americano: ahí donde se acaba el imperio y em-

5. Vicente Fernández nació en Huentitán del Alto, Jalisco, en 1940, y la leyenda cuenta que dejó la escuela en quinto de primaria para ponerse a trabajar y trabajar hasta convertirse en uno de los mariachis más famosos de México y en un verdadero ícono cultural. Imprescindible.

6. Le pregunto a Luis Humberto Crosthwaite qué significa lo de la frontera tatuada en el brazo y me cuenta: «Cerca del hombro, tengo la palabra FRONTERIZO, dividida en dos. FRONT arriba, ERIZO abajo, separado por un alambre de púas».

pieza la podredumbre: ahí mero, en ese mismo espacio donde se acaba un país poderoso que pretende estar en todos lados pero no: ahí, miren ustedes, acérquense, ¿la ven?: ésa es la frontera, mi fronterita preciosa: pequeña, sonriente, llorona, llorona de mis amores.

Desde muy chiquito, cómo explicarles, me indicaron que la frontera sirve para dividir familias. Mis tías vivían en el otro saite, mientras mi amá y yo vivíamos en Tijuana. Cada domingo las visitábamos, cada domingo comenzaba el peregrinaje y la enorme fila para cruzar al norte y el pasaporte y el sabor de los dulces gringos que tanto me gustaban.

Pero en realidad ese cerco no limitaba a naiden; cruzando la frontera, mis tías seguían hablando español y seguían escuchando música mexicana y seguían festejando con ese gusto y esa pasión por la fiesta que sólo he conocido en ellas.

Desde entonces, sin que me diera cuenta, mi religión era la frontera. ¿Yo qué sabía que aparte del país del norte y aparte del país del sur existía esa tierra de nadie y de todos que se llama la frontera? Ahí, donde mis pies se enlodaban, donde jugaba con canicas y trompos y pistas de carritos Jot Güils.

Cuando era pequeño ni siquiera escuchábamos decir «la frontera», le decíamos «la línea», y la línea estaba ahí para cruzarse de aquí para allá y de allá para acá, nadie lo impedía, y yo, niño, ni siquiera detectaba el rostro de los malencarados guardianes preguntándole a mi mamá «¿qué trae de Méxicou?, señora», «¿cuánto dinero trai?, señora», «¿cuál es el motivo de su visita a los Estamos Undidos?», why are you crossing the border, bitch; why are you here, godammit; don't you have anything better to do?

VI

Pero mucho me temo que en la guerra de los cowboys contra los mariachis, los cowboys llevan la delantera. Más sobre esto en el noticiero de las once.

VII

Orémos.

Nos quitaron mucha tierra,⁷ luego nos echaron de esa tierra. Quisimos regresar y todavía lo estamos haciendo.

Nos golpean, nos dicen puercos mexicanos, váyanse de aquí.

Pero seguimos cruzando.

Nos dicen frijoleros grasosos, nada tienen que hacer en la tierra de la libertad.

Pero seguimos cruzando.

Construyeron un muro de metal y dijeron con esto ya no van a cruzar los puercos mexicanos.

Pero seguimos cruzando.

Levantaron detrás de ese muro otra gran muralla de concreto y dijeron ahora sí, ahora sí los vamos a detener.

Pero seguimos cruzando.

Amenazaron con traer a los marins.

Pero seguimos cruzando.

Nos amenazaron grupos neonazis y los encapuchados del Ku Klux Klan quisieron incendiar cruces a lo largo de mi frontera.

Pero seguimos cruzando.

Intensificaron el patrullaje, reclutaron más hombres, sobrevolaron helicópteros para que fuera más difícil acercarnos a las ciudades y a los campos agrícolas que nos dan trabajo.

Nos detuvieron un poco, es cierto. Pero decidimos entonces cruzar por el desierto, por las montañas, por donde ellos decían

7. En la Guerra de Intervención de 1847, México fue obligado a venderle a los Estados Unidos una parte de su territorio a cambio de 18.250.000 dólares. Lo cuentan Los Tigres del Norte en su corrido «Somos más americanos»: «Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó [...]. Ellos pintaron la raya para que yo la brincara y me llaman invasor. Es un error bien marcado: nos quitaron ocho estados, ¿quién es aquí el invasor? Soy extranjero en mi tierra y no vengo a darles guerra, soy hombre trabajador. [...] Y si a los siglos nos vamos: somos más americanos que el hijo de anglosajón. Nos compraron sin dinero las aguas del Río Bravo. Y nos quitaron a Texas, Nuevo México, Arizona y Colorado. También voló California y Nevada. Con Utah no se llenaron y el estado de Wyoming también nos lo arrebataron. Yo soy la sangre del indio, soy latino, soy mestizo. Somos de todos colores y de todos los oficios. Y si contamos los siglos, aunque le duela al vecino, somos más americanos que todititos los gringos».

que la naturaleza nos impediría el paso. Nadie cruza por ahí, nadie se atreve, decían ellos; pero seguimos cruzando, y por ahí empezamos a morir.

Miles de latinoamericanos han muerto intentando cruzar la frontera entre México y Estados Unidos. El frío, el calor insoportable, el desierto, el río, las montañas nos están tragando.

Pero seguimos cruzando.

VIII

En el principio fue José Alfredo Jiménez.

Pero José Alfredo nunca se imaginó que en el norte de México, o sea, en el Sur de Estados Unidos, se fraguaba un mestizaje y de ese mestizaje brotaría un sonido nuevo.

Bendita sea por siempre nuestra música.

El acordeón nos llegó del norte y el bajo sexto nos llegó del sur. Ya existían desde hace mucho, pero fue ahí, en la frontera, donde se conocieron, se enamoraron y se pusieron a cantar.

Bendita sea por siempre nuestra música.

Acordeón y bajo sexto es el mínimo requerido para hacer una banda de música nortea. Y luego la voz, una voz de preferencia gangosa, sin entrenamiento, una voz que desate sentimiento y sepa contarnos hazañas antiheroicas.

Bendita sea por siempre nuestra música.

La indumentaria es primordial. Podrías ser un virtuoso del acordeón; pero si no llevas el traje adecuado, nada tiene sentido. Botas vaqueras, sombrero tipo Stetson, pantalones de mezclilla con gruesos cinturones y hebillas con imágenes de caballos. Sin olvidar las botas picudas como para matar cucarachas en las esquinas. O sea, un auténtico cowboy.

Bendita sea por siempre nuestra música.

Luego no hay que olvidar el nombre. El conjunto nortea debe tener el nombre exacto. Puedes cargar orgullosamente tu lugar de origen (Los Tucanes de Tijuana, Los Cadetes de Linares, Los Alegres de Terán, Los Invasores de Nuevo León) o puedes usar cualquier nombre y simplemente agregarle la palabra «norte» (Los Tigres del Norte, Los Bravos del Norte, Los Huracanes del

Norte, Los Relámpagos del Norte, Los Intelectuales del Norte) o bien, a falta de imaginación, puedes usar tu nombre de pila (Carlos y José, Luis y Julián, Miguel y Miguel).

Bendita sea por siempre nuestra música.

Se tocan los instrumentos una vez tras otra, la misma tonada, los dedos sobre botones o cuerdas, una y otra vez hasta el cansancio, hasta la aburrición, hasta que se empieza a creer que nada de eso tiene sentido y se dejaría por completo si no fuera porque los parroquianos piden más y más, y muchas veces están borrachos e insisten con la misma, la misma canción.

Esa que me habla de Josefina, mi viejo amor trasapelado.

Esa otra que trae memorias de Julieta, la que se fue sin dejarme su retrato.

O una canción genérica, dedicada a todas ellas, a cualquiera.

O una que se refiera a mí, que soy todos ellos, que soy cualquiera.

¿Cómo se llama la canción?

No importa.

Es la misma.

Una vez tras otra, la misma.

Esa que me trae recuerdos de Aurorita, mi mamá.

Esa otra que me reúne con mi familia, que está lejos, añorando mi regreso.

Algo bailable, por favor, que envuelva de felicidad estas ganas de comer, para que se me olvide el hambre, aunque sea unos momentos.

En manos de un músico nortea esa canción llenará por unos instantes el agujero que va creciendo en el corazón de los hombres y las mujeres que están lejos de su tierra. Y no habrá oscuridad. Y no habrá soledad. Y no habrá silencio.

Bendita sea, por siempre, nuestra música.

IX

Lo anuncia el periódico _____ en su sección de deportes.

Marcador final: cowboys 3, mariachis 0.

Ésta es palabra del señor:

Estaba un grupo de trabajadores, contemplando ese muro que es la frontera, preparándose para cruzarlo, esperando el mejor momento de la oscuridad. De repente, uno entre ellos, llamado Chuy, ese que había decidido mostrarles el camino porque ya había cruzado varias veces, extrajo de su morral un poco de comida para compartir entre sus compañeros.

Porque él mismo, llegada la hora en que había de cruzar la frontera, habiendo dirigido a los suyos hasta ese lugar donde se decía que no había tanta vigilancia, extrajo los últimos alimentos que le restaban. Y mientras cenaba, tomó la tortilla, la partió y se la dio a sus compañeros, mientras decía:

«Tomad y comed todos de ella porque esto es lo último que nos queda y la jornada será muy larga».

Del mismo modo, acabada la cena, sacó una botella de tequila de su morral y, dando gracias de nuevo, la pasó a sus compañeros diciendo:

«Tomad y bebed de este tequila, producto del agave y de mucho trabajo bajo el sol, producto de campesinos explotados para que unos cuantos se puedan divertir».

Así pues, con mucha seriedad, empezaron ellos el recorrido. Saltaron ese muro cabrón, uno a uno. Y cuando el señor Chuy les decía «Corred», corrían. Y cuando el señor Chuy decía: «Escondanse entre los matorrales», se escondían.

Ésta es la palabra del señor.

Sin embargo la tecnología y las camionetas nuevas de la migra y los helicópteros que sobrevolaban pronto dieron con ellos. Y el señor Chuy exclamó: «Córranle, cabrones,⁸ sálvese el que pueda». Y muchos de ellos lograron escapar, llegar a los campos agrícolas, trabajar, ganar cuatro dólares la hora.

Pero otros, entre ellos el Chuy, fueron capturados por la migra.

8. Le comento a Luis Humberto Crosthwaite que en este contexto «cabrón» equivaldría a «valiente» en España y me pregunta: «Y si los cabrones son valientes, ¿por qué están corriendo?».

«¿Quién de ustedes es el líder?», preguntaba el migra más grande.

Pero nadie contestaba.

«¿Quién de ustedes es el que los trajo aquí?»

Y nadie contestaba.

Entonces la migra comenzó la golpiza, así, así, cada golpe dolía en el cuerpo, puñetazos, patadas, macanazos. Hasta que el Chuy, no queriendo que los demás sufrieran por su culpa, le dijo al migra: «Yo soy ese que buscas».

Entonces los golpes fueron para él, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... los tres migras se turnaron entre ellos. Y le dijeron todo tipo de vilipendios en inglés. Lo golpearon hasta el cansancio, porque se decían entre ellos: «¿Cómo vamos a dejar que un mexicano, un simple mexicanito, se burle de nosotros?».

Y no dejaron de golpearlo hasta que llegó el silencio. Hasta que el Chuy no respiró más.

Sus compañeros creyeron que sufrirían el mismo destino, pero la sed de los migras estaba colmada. Los subieron a una camioneta, de esas que llaman perreras, y los retacharon para México.

Cuando llegaron a la ciudad fronteriza, la historia pronto corrió entre las cantinas. Uno que se llamaba Pedro dijo yo no conozco a ese Chuy, no lo conozco, no lo conozco. Aunque era su compadre.

Pero otro que se llamaba Pablo, que ni siquiera estuvo ahí, ni siquiera lo conoció, fue quien lo hizo famoso. Escribió un corrido que después grabaron Los Tigres del Norte para gloria de los migrantes indocumentados. Para gloria de todos ellos.

Amén.

XI

Digamos con fe y esperanza:

Frontera Nuestra que estás en la Tierra, dividiendo al mundo
Inventada por las culturas ricas para mantener afuera a las
pobres

Maldita sea tu presencia segregadora, pero bendita sea tu presencia porque nos has dado vida a nosotros, los fronterizos

No nos impidas cruzarte porque cruzarte es nuestro regocijo y nuestra necesidad; atrás de tus confines se encuentra el pan de cada día

Perdona a los que nos ofenden, impidiéndonos el paso, ya que nosotros no podemos perdonarlos

No nos dejes caer en tentación, y líbranos de George W. Bush.

Líbranos de todos los líderes que, buscando la bendición y el apoyo económico de la Casa Blanca, le entregan su país y el trasero al gobierno norteamericano, y concédenos la paz que tanto anhelamos. Salva a los países árabes de las botas gringas, que las familias de allá son como las familias de acá y su sangre derramada es como nuestra sangre derramada

Sálvalos a ellos porque así, sólo así, nos salvaremos nosotros

XII

Ésta es la frontera que quita los pecados del mundo. Dichosos los invitados a cruzarla.

Ésta es la madre de todas las fronteras.

Y todas las fronteras somos una sola.

Frontera entre India y Pakistán, ruega por nosotros.

Frontera entre las dos Irlandas, ruega por nosotros.

Frontera entre Israel y Palestina, ruega por nosotros.

Frontera entre México y Guatemala, ruega por nosotros.

Frontera entre Europa y África, ruega por nosotros.

Fronteras de Irak y Siria, rueguen por nosotros.

Fronteras entre Estados Unidos y el resto del mundo, rueguen por nosotros.

Fronteras de la pobreza, de la necesidad, del olvido, rueguen por nosotros.

Todos somos la misma frontera.

Pero la mía es la madre de todas ellas.

Peregrino del mundo, recorro las ciudades para dar a conocer el evangelio. Que yo era incrédulo pero ahora tengo el corazón encendido de pasión.

Señora, por favor escúcheme. Usted que es ama de casa y que se siente sola, incluso rodeada de niños. Señorita, por favor, us-

ted que camina con la cabeza en alto y no voltea a verme porque cree que halagaré su cuerpo delicioso. Señor repartidor de Coca Cola. Señor gendarme. Señora profesora. Señorita prostituta. Vengo a este lugar para proclamar la verdad y esa verdad es invisible, alimenta a los que tienen hambre, da esperanza a los que les falta fe.

XIII

Caminito del narcotráfico, tú que pasas por mi Frontera, dime una cosa, ¿cómo le haces pa seguir cruzando?

XIV

Carta del apóstol san Luis Humberto a los michoacanos.⁹

De Luis Humberto, llamado por voluntad del señor a ser apóstol de la Música Norteña.

A los michoacanos que, consagrados por ser migrantes, serán llamados también fronterizos:

1. Quizás deba explicarme, pa que mejor mentiendan. Para mí el rock and roll era la única neta del mundo. Yo era uno de esos rocanroleros ortodoxos, a la antigua usanza, rudos e implacables. Usaba pantalones de mezclilla raídos y deslavados, camisetitas con la efigie de Jim Morrison o John Lennon. Tenía el cabello largo y me cepillaba los dientes con bicarbonato de sodio.¹⁰ Me deleitaban los Beatles, los Rolling Stones, Santana, los Who y todo aquel buen rock que, según yo, circulaba en el aire antes de la llegada de la música disco, que había mandado todo a la mierda.

9. Michoacán, a pesar de encontrarse a más de dos mil quinientos kilómetros de los Estados Unidos, se considera un estado fronterizo por la cantidad de migrantes que lo abandonan.

10. «¿Para qué se lava uno los dientes con bicarbonato?», le pregunto a Crosthwaite. «Pa que queden brillositos y lindos, y para traer el aliento con sabor a sal. ¿Nunca lo has hecho? Es mejor que el dentífrico. De hecho, hay pastas dentales que ya lo incluyen.»

2. No lo hubiera admitido en aquel entonces, mi pasado pagano, pero ser un rocanrolero de línea dura tenía sus desventajas sociales. Si algún amigo me invitaba a una fiesta en su casa, se daba por hecho que yo llegaría con mis discos, rigurosamente elepés, y no permitiría que se tocara otra cosa. Comencé a perder amigos, incluso a los que yo consideraba mis aliados más cercanos. Ellos se volvían progresistas, escuchaban grupos nuevos, techno, hip hop, rock en español y luego intentaban convencerme de nuevas bandas que, según ellos, seguían los caminos de Dylan y de Bowie. No hice caso de sus palabras, los llamaba traidores, les retiraba la palabra y me encerraba en mi casa, abrazando mis elepés de *Abbey Road* y *Let it bleed*. Me sentía cada vez más solo, convencido de tener razón. No me importaba ser el último rocanrolero del planeta; si así fuera, ni modo. Nadie me doblegaría. Nadie.

3. Hasta que sucedió.

4. Y lo documento aquí, en esta casa de _____,¹¹ para ojos y oídos de todos. Porque una vez fui ciego y ahora he encontrado el Verdadero Sendero. Una vez, sin saberlo, naufragaba, y ahora he descubierto tierra firme, mi hogar, mi cabaña, mi destino.

5. No hace mucho tiempo viajaba a través del desierto de Altar, en una motocicleta Vespa, rumbo al poblado de Damasco, Sonora, donde debía realizar algunas diligencias. Hacía un calor insoportable, incluso en la noche, que yo resistía pensando en canciones de Led Zeppelin.¹²

6. De pronto, de la nada, una luz, una intensa luz que provenía del cielo, cayó encima de mí y me tumbó de la motocicleta. Oh, sí.

7. Hombre de poca fe, creí que se trataba de uno de los tantos ovnis que más de un ranchero sonoreño había mencionado que se avistaba en esa parte del desierto.

8. Pero no. Era mucho más que eso.

11. En este vacío Luis Humberto Crosthwaite suele poner el nombre de su anfitrión, porque éste es un texto para ser leído en público.

12. Nota para Luis Humberto Crosthwaite: Led Zeppelin es el nombre de una banda de rock and roll fundada en 1968 por Jimmy Page, John Paul Jones al bajo, Robert Plant como vocalista y John Bonham a la batería. Fue uno de los grupos fundadores de lo que se llama heavy metal y se disolvió en 1980.

9. También era una voz.

10. Una voz que me decía (léase con voz de Dios en película de Cecile B. De Mille): «Luisumberto, Luisumberto, ¿por qué me persigues?».

11. Ah, chingao.

12. La voz era clara y, a pesar de que aparentaba venir desde muy lejos, la escuchaba como un murmullo cercano, cercanito a mi oreja.

13. «¿Yo?», le dije. «Yo no persigo a naiden. Yo nomás voy parallá, rumbo a Damasco.»

14. Guardé silencio y la voz también guardó silencio, como si estuviera pensando lo que le dije.

15. Hasta que me puse nervioso de tanto silencio, y pues, acá, todavía nerviosón, se me ocurrió decir: «Y a todo esto, usted ¿quién es, qué se trae por estos lares?, ¿pa qué me anda tumbando de mi moto?».

16. La voz no tardó en contestarme.

17. (Léase de nuevo con voz divina.) «Yo soy el pastor que anda en busca de su oveja descarriada. Ahora, jubiloso por haberla encontrado. Soy José Alfredo Jiménez.»

18. Ah, chingao.

19. Si existía un solo mexicano que no sabía quién era ese tal José Alfredo, era yo. A mí que me preguntaran los nombres y los signos zodiacales de los Beatles. Era tanto un gilipollas en aquella época que ni siquiera sabía quién era El Señor. No sabía de sus canciones, de su pasión y de su muerte: sacrificio para salvar a los pecadores, aquellos que se habían alejado de La Verdadera Música, como yo, como tantos otros.

20. Porque Él bien me lo dijo aquella noche, rumbo a Damasco: «Sólo la Música Fronteriza es la Palabra, sólo en sus corridos, en sus boleros, en sus cumbias, polkas, chotís y en los ritmos del acordeón y bajo sexto se puede encontrar el auténtico significado de la vida».

21. «Pero yo quién soy, Señor, un humilde rocanrolero. Seguramente hay otros en el mundo, más capacitados para difundir Su música.»

22. Me resistí, pues. Estaba cabrón cambiar así, de la noche a la mañana. Yo qué sabía de esas ondas. Para mí era música bien

naca, como los vallenatos y la salsa y el merengue y todo aquello que no tuviera un requinto eléctrico y una batería.

23. No me daba cuenta de que yo era el candidato ideal; si un rocanrolero ultra, como yo, pregonaba la música de Los Tigres del Norte y Los Relámpagos del Norte y Los Bravos del Norte, más de uno sabría que ésa era la verdadera verdad y se convertiría a la Causa sin pensarlo dos veces.

24. Claaaaaaro.

25. «No dudes», me dijo el Señor. «Yo mismo, en una época, me desvié del Camino creyendo que el sonido de mariachi era mejor que el norteño. Pensé, en un tiempo, que los mariachis eran mejores que los cowboys.»

26. «Ahora quiero que recorras el mundo, quiero que pregones en nombre mío.»

27. Órale pues. Llegué a Damasco en la mañana y me compré lo necesario: botas de punta y un sombrero vaquero, pantalones de mezclilla nuevos, cinturón grueso con hebilla plateada, un discman y hartos cidís de grupos como Los Huracanes del Norte, Los Tiranos del Norte, Los Relámpagos del Norte.

28. Mis amigos se sorprendieron al principio; pero me aceptaron al darse cuenta de que era mucho más tolerante y buena persona con ellos.

29. Mi labor evangelizadora ha sido tranquila. Cada domingo recorro las casas y hablo de mis creencias y de las palabras del Señor.

30. «En el principio fue José Alfredo Jiménez.»

31. Y alguna gente me escucha y exclama «aleluya». Y otra gente, cada vez más poca, me dice: «Sorry, aquí puro Chente Fernández». Y otra ni siquiera abre la puerta cuando por la ventana observa mi ropa de cowboy y mi paquete de cidís bajo el brazo.

32. Contento y en paz con el mundo sigo mi largo camino. El desierto se extiende mucho más allá de Sonora, mi destino es recorrerlo todo, llevando como armas sólo la Palabra y la Música.

33. Amén.

Hermanos en la fe:

Ya con ésta me despido, pero pronto doy la vuelta.

Sólo resta invitarlos a cruzar la frontera. Cuando ustedes vean una, donde quiera que se encuentre; cuando estén frente a ella y sientan el poderoso llamado, no se aten a los mástiles, no cierren los ojos, no pasen de largo con gran indiferencia; arrójense, más bien. Crucen, crucen, crucen. Que no quede una frontera en este mundo sin cruzar, crúcenlas todas, que al fin para eso están ahí. Para eso delimitan, para eso nos restringen, nos retan, nos agreden. Para eso, para que crucemos la línea que forman, para desaparecerla en el momento que la traspasamos.

Y si alguien les impide el paso, ustedes crucen.

Y si les dicen que no, ustedes crucen.

Y si les dicen que nada tienen que hacer ahí, ustedes crucen esa frontera.

El mundo es de todos.

Y todos estamos

invitados a la fiesta.

Pueden ir en paz, esta misa ha terminado.